**La Jornada Veracruz, 11/11/2013**

**Nosotros y el cambio climático**

**Lilia América Albert**

Gracias a los enormes avances en la forma de comunicarnos y de trasmitir la información, los ciudadanos nos enteramos rápidamente de cada vez más asuntos preocupantes. Así, ahora sabe del deterioro ambiental del estado, del país y del mundo, de la creciente desaparición de especies, el aumento en la incidencia de cáncer y de otras enfermedades graves. También se sabe, muchas veces de primera mano, de la contaminación del aire, de las aguas y de los alimentos y sus consecuencias negativas para su salud.

Muchos ciudadanos están igualmente enterados de los esfuerzos de las grandes compañías por sustituir los cultivos tradicionales por cultivos transgénicos, cuyos riesgos distan mucho de conocerse cabalmente, entre otras cosas, por los esfuerzos de las mismas empresas para ocultar o desprestigiar los resultados de los investigadores independientes y obtener el respaldo de otros, supuestamente también independientes y de alto nivel, cuyos estudios y/o laboratorios con frecuencia han sido financiados por las mismas compañías que avalan sus resultados y se basan en ellos para afirmar que sus engendros son inocuos y hasta benéficos para el ambiente.

A la preocupación ciudadana por los derrames de petróleo y los accidentes químicos que en algunos sitios, como el sur de Veracruz, son casi cotidianos, se une la que se refiere a las consecuencias del agujero de ozono por el cual ahora pasan dañinas radiaciones ultravioletas que causan desde cáncer hasta ceguera en los expuestos, ya sean personas o animales, como se ha comprobado especialmente en países del sur como Chile, Australia y Nueva Zelandia.

A estas tragedias se une la información sobre la presencia de plomo, arsénico, mercurio y un montón de otros contaminantes, incluyendo muchos sintéticos de efectos adversos no plenamente conocidos, en la mayoría de las corrientes de agua, muchas de las cuales se agotan, mientras las más pequeñas ahora sólo fluyen de cuando en cuando.

Gracias a este mismo exceso de noticias, en este momento se puede decir que nadie–salvo los políticos del partido republicano de Estados Unidos- ignora las alteraciones actuales de clima, en los cuales en verano tenemos frío y en invierno calor, sequía en tiempo de aguas y feroces huracanes en lugares en los que no eran frecuentes y nadie –salvo los mismos políticos- pone en duda que es un fenómeno global asociado con nuestro creciente consumo de hidrocarburos.

El ciudadano consciente sabe de los problemas que ha causado maltratar a nuestro planeta y está defendiendo y exigiendo soluciones para frenar tanta degradación, por ejemplo, proyectos para la protección de especies, procesos de reciclaje, construcciones bioclimáticas, producción de alimentos “orgánicos”, etcétera. Pero se olvida de algo fundamental: Que es necesario revisar los patrones actuales de agricultura y alimentación pues, aunque no lo sepamos, son responsables de una alta proporción de los gases de efecto invernadero (GEI) que son los principales causantes del cambio climático.

Si las emisiones de dióxido de carbono generadas por un alimento producido bajo un modelo de agricultura, ganadería o pesca intensiva y globalizada se desagregan y contabilizan para saber de dónde provienen y su magnitud, desde que se pensó en producir el alimento hasta que se consumió o desechó, empezaremos a entender la gravedad del problema y de nuestra participación en él.

En la primera etapa, un empresario agrícola evalúa si lo que quiere producir se venderá bien. Su técnico agrónomo hace un cálculo rápido y explica: Necesitaremos “tantas” nuevas tierras para “tanta” nueva producción.

Entonces, entran en acción las excavadoras y las sierras mecánicas y arrasan con todo, sin detenerse ante ningún valor ético ni ecológico. Las emisiones que se producen por estos cambios en el uso del suelo equivale a entre el 15 y el 18 por ciento del total de emisiones de GEI.

En la segunda etapa, una vez que se dispone de tierras, ya sea tomadas de la naturaleza, por ejemplo, bosques y selvas, o de los pequeños agricultores, se debe decidir cómo se pondrán a producir. La apuesta más común es un monocultivo o ganadería estabulada, los cuales funcionan a base de petróleo, fertilizantes, plaguicidas y demás insumos de origen petroquímico. Estos procesos agroindustriales representan entre el 11 y el 15 por ciento del total de emisiones de GEI.

En la tercera etapa, los alimentos han llegado al comercio; en esta época de globalización masiva, muchos de los que compramos en los supermercados se han producido lejos como, en nuestro caso, los kiwis producidos en Chile o Nueva Zelandia, los espárragos que vienen de Perú, los arándanos, que probablemente vienen de Canadá o Estados Unidos, los quesos de países remotos o los vinos, más caros mientras de más lejos vengan. Y todos han tenido que ser transportados desde su país de origen hasta el nuestro y, una vez en él, hasta la ciudad en donde vivimos. Aunque algunos medios de transporte son menos contaminantes, todos dependen del petróleo y contribuyen con entre el 5 y el 6 por ciento de las emisiones totales de GEI.

Además, en lo que equivale a una cuarta etapa, muchos de estos alimentos requieren de refrigeración en el trayecto desde el campo o el mar hasta el comercio y la casa y la energía necesaria para lograrlo genera entre el 2 y el 4 por ciento del total de GEI.

En la quinta etapa, ya en nuestras despensas, hasta tres cuartas partes de los alimentos han sido procesados, calentados o congelados previamente para su conservación, precocidos, o están listos para únicamente tener que calentarse antes de servirse. Esta serie de procesos, muchas veces innecesarios y en teoría, pensados para ahorrarnos trabajo y preocupaciones domésticas, genera entre el 8 y el 10 por ciento de las emisiones de GEI.

La sexta etapa la forman las enormes cantidades de alimentos que se desechan; algunos, desde un inicio porque “no tienen aspecto perfecto”, se estropean a lo largo de su viaje hasta nuestra mesa, se tiran en el supermercado porque no se acomodan a sus requerimientos de venta o que, finalmente, no llegan a nuestros estómagos, porque compramos de más y los desechamos en nuestras casas. Gran parte de estos desperdicios se pudren en los basureros produciendo entre el 3 y el 4 por ciento de GEI.

En resumen, si estas fases del sistema alimentario global se evalúan y se suman su contribuciones a la crisis climática, es fácil concluir que producir y comer de esta forma genera como mínimo el 44 y, como máximo, el 57 por ciento de las emisiones de gases con efecto de invernadero producidas por la humanidad actual.

O sea que, aunque el sistema alimentario industrial, -del que prácticamente todos los habitantes urbanos formamos parte-, presume de eficiente y moderno, es todo lo contrario; de hecho, para el planeta, este modelo es como una estufa.

Sin embargo, generalmente este análisis no se realiza, porque sus resultados no le convienen a las grandes empresas transnacionales de la agricultura, a los fabricantes de plaguicidas y fertilizantes, a los de transgénicos y semillas y a los dueños de los grandes negocios de crianza industrial de pollos y cerdos y, muchas veces, tampoco a los gobernantes que están en busca de ideas novedosas para justificar su mandato.

Sin embargo, si cada uno hacemos un esfuerzo por analizar nuestros patrones de consumo, decidimos preferir los productos que se generan localmente o, al menos, en el país, reducir el desperdicio de alimentos en nuestras casas, evitar los procesados, etc., podemos contribuir a cambiar el destino del planeta, ya que es bastante ingenuo pensar que algún funcionario de los niveles superiores tendrá suficiente interés en el futuro de la humanidad para inducir los cambios que son urgentes; entre ellos, estableciendo límites y controles al sistema agroindustrial y el comercio globalizado.